

PEQUEÑOS PLACERES DE LA VIDA DIARIA – Silvia Márquez Comino

Toda relación tiene un principio y un final, a menudo indeseado para alguna de las dos partes. Mi relación con Víctor no fue una excepción a dicha regla: empezó a través de un amigo común, transcurrió a lo largo de una larga montaña rusa de tres años y, finalmente, llegó el tan temido «no eres tú; soy yo».

Efectivamente, era él; yo seguía enamorada como una idiota. Una idiota que, conociéndolo, sabía perfectamente que, después de aquella primera frase, la siguiente no podía ser otra que «me gustaría que siguiéramos siendo amigos». ¡Cómo lo odié en aquel momento! Casi tanto como a mí misma por haber sido tan tonta... Pero fue precisamente por eso, por imbécil, por lo que no pude evitar decirle que sí, aun siendo consciente de que aquella jugada no era más que una estrategia para no sentirse tan culpable por haberme roto el corazón.

Necesitaba distraerme. Fue entonces cuando, aconsejada por una amiga que había pasado por una crisis similar a la mía, descubrí el Todo-Clean, una maravilla del progreso que lo mismo te limpiaba los cristales que te dejaba los fogones como los chorros del oro. Su obsesión por la limpieza la había salvado de la que hasta aquel momento había sufrido por su ex.

Nunca antes había estado mi piso tan limpio; con tal de no pensar en él, comenzaba una actividad frenética tan pronto como entraba por la puerta de mi casa. Pero, contra todo pronóstico, el fregoteo compulsivo no me hacía olvidar a Víctor. Quizás el alcohol pudiera ayudarme en ese aspecto; de alguna parte vendría eso de «beber para olvidar». Al llegar a casa me daba al Todo-Clean y, tras dejarla reluciente, me dejaba caer en el sofá con una copa en la mano y con la esperanza de que una potencial cirrosis pudiera acabar con mi mal de amores. No funcionó. Para colmo, la grasa del horno resultó ser más resistente al Todo-Clean de lo que en un principio cabía esperar. Estaba perdiendo el control de mi vida.

Empecé a fumar. Yo no había probado un cigarrillo en mi vida, pero, oye, que si millones de personas lo encontraban tan relajante, ¿quién era yo para negarlo sin, por lo menos, probarlo? Ni que decir tiene que la primera cajetilla fue contraproducente a efectos relajantes. Mi gran autodisciplina consiguió, sin embargo, que el segundo paquete se me hiciera más llevadero. «El placer te espera en el siguiente pitillo», me decía convencida. Hasta que, después de perder la cuenta de cigarros y dinero, di con el anhelado placer de los fumadores y me rendí a los efectos de la nicotina.

Fumar acababa con mis ansias de tener un cigarrillo en la mano a todas horas, pero no me hacía olvidar a Víctor, ni siquiera ayudado por el güiski y mi obsesión por la limpieza. Lejos de solucionar mi problema, la cosa había empeorado y tenía ya tres fuentes de nerviosismo —cuatro, si contamos mi decepción con el Todo-Clean—. Al llegar a casa limpiaba el piso entero pitillo en boca y, al terminar, me dejaba seducir por el sofá con una copa en la mano, alternando el castigo para mi hígado con el maltrato a mis pulmones.

Víctor y yo seguíamos siendo amigos, o quizás sería más exacto decir que, de vez en cuando, tomábamos un café para aliviar su sentido de culpabilidad. En una de

aquellas ocasiones noté que algo le rondaba por la mente; se revolvía constantemente en su silla y estaba ausente, como dándole vueltas a algo.

—Paula —dijo finalmente—, tengo que contarte algo.

«Tate», pensé yo, «este está con alguien».

—Llevo unos meses con una chica y quiero que la conozcas.

¿Que llevaba unos meses? ¡Si hacía apenas ciento dos días que había cortado conmigo! Para presentármela deberían de llevar juntos no menos de tres o cuatro meses. Empezaba a notar dos bultitos luchando por abrirse paso hacia el exterior a través de mi frente. Un cabreo monumental empezó a subirme desde el estómago, destrozando a su paso todos y cada uno de los chacras esos de los que habla siempre mi hermana y de los que alguno, seguro, le pillaría de paso en su camino a mi cerebro. Todo empezó con el dolor de un puñetazo justo entre mi ombligo y mis costillas: la respiración se cortó por un instante, mi corazón empezó a latir más deprisa y el calor del golpe subió hasta hacerse un nudo en mi garganta. Al llegar a la cabeza, esta casi explotó. Le tosí el humo a la cara y él hizo una mueca de asco. Quedamos para cenar a la semana siguiente.

Llegaban tarde, así que pedí un copazo mientras esperaba en la mesa; lo iba a necesitar. Veinte minutos después de lo previsto apareció Víctor con una persona minúscula subida en unos tacones de vértigo. Llevaba un vestido difícil de describir, pero fácil de calificar como hortera. Iba pintada como una puerta. Di un sorbo a mi güisqui doble y me preparé para las presentaciones.

—Paula, esta es Yeni —dijo Víctor después de disculparse por el retraso.

—Hola, Jennifer —saludé falsamente mientras daba dos besos al aire.

—¡No! —Aquella voz chillona estuvo a punto de perforarme el tímpano; me aseguré de que el cristal de mi vaso no hubiera sufrido daños—Jennifer, no: Yeni; Yeni. Empieza con *i* griega y acaba con *i*... normal. Mi madre quería que mi nombre fuera especial —Y, después de aquello, miró a Víctor, orgullosa de su originalidad.

¡Menudo personaje! La cena se presentaba, entre muchas comillas, divertida. Me aseguré de tener el vino siempre a mano; puro instinto de supervivencia que me salvó del colapso puesto que, después de conocer toda su vida y milagros, me puso al día de su trabajo como peluquera-esteticista en un salón de belleza de su barrio, de cómo no iba a dejar que la zorra de su compañera se lo quedara cuando su jefa se jubilara y de la gran falta que me hacían un moldeado con mechas y la manicura francesa pero, sobre todo, sobre todo, una limpieza de cutis. Por toda respuesta yo bebía.

El alcohol ingerido se depositó en mis venas y el líquido base en mi vejiga, así que, muy a mi pesar, tuve que visitar el baño, cosa que intento evitar en lugares públicos; maniática que es una. Aquella vez, sin embargo, mis temores estaban totalmente justificados. Era condición indispensable para salir de allí con vida no tocar absolutamente nada de lo que me rodeaba. Por supuesto, el papel higiénico brillaba por su ausencia. Afortunadamente, una es previsora y con el contenido de su bolso de mano podría sobrevivir una semana en la selva sin despeinarse. Superé, no sin esfuerzo, la tentación de mejorar, aunque solo fuera un poco, tal estado de dejadez higiénica, pero nunca sabía una cuándo iba a necesitar un chorrito de Todo-Clean y no era cuestión de ir desperdiciando por ahí la reducida cantidad que contenía su formato de viaje.

Al llegar a la mesa, Yeni dijo no querer postre porque, según palabras textuales «tenía que conservar aquel *tipín* que había vuelto loco a su *cari*». Atisbé un primer indicio de lucidez al comprobar que la chica tenía muy claro que no había sido su intelecto lo que había cautivado a Víctor.

Su última intervención fue acompañada de un guiño a su *cari* y de lo que, desde mi posición, me pareció una caricia a su pierna. Demasiado para mi corazón herido y para mi paciencia.

—Salgo a fumar —anuncié.

En mi camino agarré el bolso y la copa de vino. Luego lo pensé mejor; dejé la copa y me acerqué a la barra: otro copazo se me antojó una idea mucho mejor. Sin hielo, por favor. Necesitaba un respiro. Fumaba y bebía alternativamente. Podía entender una ruptura, pero... ¿por ella?

De repente, en un acceso de cariño desatado y totalmente inapropiado, la tal Yeni volcó sobre Víctor su copa de vino. Tinto. De ese tan fácil de limpiar. Con lo maniático que era él con su ropa. En el pánico resultante esto último metió, para colmo, él solito y sin ayuda, la manga de su chaqueta en el plato en el que descansaba su postre. Tarta de frutos rojos. Frutos rojos que quedaron repartidos, junto con el helado de vainilla que los acompañaba, a lo largo de buena parte de la americana. Se mascaba la tragedia. Con un poco de suerte aquello acabaría en ruptura.

Observé cómo Víctor se levantaba y se dirigía a la puerta. Ella venía detrás con una servilleta. A diferencia de mí, él ya fumaba antes de romper y, al parecer, no era yo la única que necesitaba un respiro en aquel momento. Encendió un cigarrillo mientras Yeni insistía en remediar su torpeza extendiendo con su servilleta la mancha a lo largo de toda la camisa. No pude soportar ver cómo le frotaba el pecho de tal manera y decidí intervenir. La hice a un lado. Abrí mi bolso y eché mano del Todo-Clean. Quizás no pudiera con la grasa del horno, pero aquello era queroseno puro capaz de enviar un cohete a la luna y, al contacto con el cigarro, Víctor se convirtió en un lanzallamas humano. En un impulso de estupidez, agravado por su total desconocimiento de la química más elemental, la diminuta personita que había provocado aquel cataclismo me arrancó el copazo de las manos y lanzó su contenido sobre la fogosa emanación de su *cari*. Cualquiera con dos dedos de frente supondrá que aquella no era una buena idea. Y, efectivamente, no lo fue. No puedo contar más que lo que recuerdo antes de perder la consciencia tras caer al suelo, pero debí de pegarme una hostia de cojones, a juzgar por la hinchazón de mi cara y los moratones que la recorrían de punta a punta. Hasta parpadear suponía un sufrimiento.

De lo sucedido me enteré por Marina, la enfermera que se ocupaba de parte de mi planta en el turno tarde y a la que le gustaba no poco hablar. Me dijo que, más allá de ligeras quemaduras en la cara y de la pérdida de las pestañas y las cejas, Víctor estaba bien. Me puso al corriente también del estado de Yeni, que no era grave, pero sí había sufrido un achicharramiento algo más serio, del que se recuperaría sin problemas, a excepción de ciertas zonas del cuero cabelludo, en las que difícilmente podría restablecerse la anterior abundancia capilar, si es que lograba siquiera abrirse paso un solo pelo.

Un quejido provocado por el dolor emanó de mi boca. Marina me miró y me recriminó por mi conducta.

—Si sonrías se te saltarán los puntos.